

LOS ACUERDOS DEL ORIENTE ARABE

ALGUNOS gritos de «traición» se profieren ya en Oriente mediterráneo: bien contra Sadat, en las naciones árabes; bien contra Golda Meir, en el territorio de Israel. Es el destino de los que pactan. Y gritar «traición» es la última misión de aquellos que confunden la ilusión con la realidad. Mientras, Sadat exhibe al mundo árabe lo que realmente cree que ha ganado; Golda Meir, también, y en los dos países se tranquiliza a la opinión buscadora de lo absoluto con algunas frases relativas a que todo es provisional y susceptible de enmendarse en posteriores negociaciones. La última realidad de todo ello es que las dos naciones aceptan aquello que les impone quien puede y porque puede. Esto es, los Estados Unidos y la URSS. Por la vía de Kissinger.

CONVIENE detenerse un momento en este punto porque, desde una observación global más allá de las zonas disputadas, tiene una importancia mayor. Henry Kissinger, a quien sienta bien la gloria de esta paz y que la ha asumido con sus incesantes, incontables viajes a El Cairo y a Jerusalén a bordo del «Boeing 707» de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos —con catorce periodistas permanentes, como elemento indispensable para que la difusión de las noticias permita la realización de las noticias en sí—, era en esta ocasión algo más que el secretario de Estado de su país, algo más que el consejero especial de la Casa Blanca: era también el mensajero de la URSS. Sin el consentimiento y la colaboración de la URSS, sin sus más o menos visibles presiones sobre los árabes, esta paz de ahora no se habría podido obtener. Pero el hecho de que una sola persona haya llevado la opinión, los deseos y las fórmulas conjuntas de los dos grandes países dominantes a una zona de conflicto es algo que sucede por primera vez; la historia de las relaciones entre la URSS y los Estados Unidos está ya muy dentro de esta fase nueva del entendimiento, y probablemente algunas de las dificultades actuales de los europeos se deban bastante a ello. Si la guerra de octubre se hizo a despecho de Europa y contra sus intereses, la paz de enero —y de los meses que tarde en realizarse— se hace también a sus espaldas. La conferencia de Ginebra es una cuestión de la URSS y de los Estados Unidos —además de la de los combatientes—, y de los acuerdos o desacuerdos sobre el petróleo, su racionamiento, su dirección y sus precios, también. No parece que de ahora en adelante Europa Occidental pueda hacer otra cosa que seguir más o menos de cerca las instrucciones de Washington, que quizá cuenten con el apoyo de Moscú, ni que los países del área comunista vayan a salirse de las instrucciones de Moscú, que no estarán rebatidas por los Estados Unidos. Y si algún acuerdo se logra para que los dos bloques europeos se aproximen más entre sí —por ejemplo, en la Conferencia de Seguridad y Cooperación— será, también, por disposiciones superiores. No parece que les vaya a ser fácil salir del papel de peones que han tenido en los últimos decenios. Algunos gobiernos se han estado repartiendo un botín de «era de opulencia» que no era enteramente suyo. También en Europa se oyen —con más sordina, con más vieja educación, con más protocolo— algunos gritos que equivalen al de «traición» en Oriente Medio.

LO que se ha perdido y ganado —por ahora— en el Oriente árabe se puede inventariar fácilmente. Egipto no ha reconquistado el Sinaí, como había prometido a sus pueblos al lanzar la ofensiva, pero sí toda una zona a lo largo del Canal de Suez, en la orilla que desde 1967 ocupaban enteramente los israelíes. Ha conseguido que Israel, por primera vez, ceda un terreno conquistado, y no sólo el de esta última batalla, sino parte del de la anterior. Dueño de las dos orillas del Canal, Egipto puede ahora poner en circulación el Canal de Suez; los Estados Unidos van a darle una ayuda importante para limpiar el Canal, para remolcar o des-

guazar los navíos que ahora lo atascan y para reconstruir enteramente las ciudades de las dos orillas. No está claro si por el momento van a poder navegar los barcos de Israel por el Canal; tardará mucho tiempo antes de que puedan hacerlo. Pero Egipto no se opondrá a que le lleguen cargas por esa vía a bordo de barcos con otras banderas. En cambio, Israel podrá navegar libremente por el estrecho del Mar Rojo, por Bab el Mandeb; tendrá libre el acceso al puerto de Eliat. Una parte de su bloqueo habrá terminado. A costa de devolver un terreno por primera vez en su historia. Y de negociar con los árabes directamente, también por primera vez en su historia. El gobierno de Israel lo esgrime como un triunfo: estas negociaciones significan que ha sido reconocido. A lo



cual responden los gritos de traición de otras naciones árabes, que acusan a Egipto de haber negociado una paz por separado, y de los palestinos y las fuerzas revolucionarias, que consideran que la única forma de pactar es la de restablecer a los palestinos en sus tierras y en sus derechos.

NO obstante, la franja ganada por Egipto (más exactamente, recuperada) no es de plena soberanía: el número de soldados, la cantidad de material que puede almacenar en ella están limitados. No se ha hecho

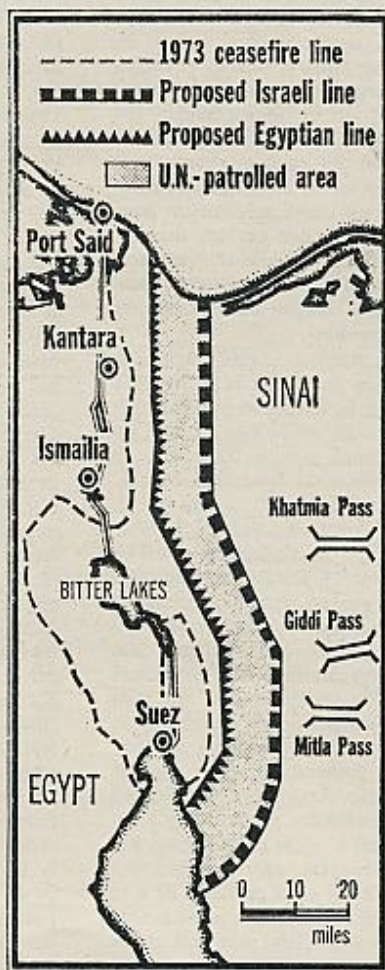


Los representantes de Israel y Egipto firman el acuerdo de retirada de tropas de la zona del Canal en el ya famoso kilómetro 101 de la carretera de Suez a El Cairo.

público aún el contingente militar que se le permite, pero se considera que es únicamente defensivo. Más allá hay otra franja desmilitarizada, un corredor por el que podrán circular los soldados de la ONU encargados de mantener la paz, y más allá, las vanguardias israelíes. Israel, a su vez, tiene que reducir sus ejércitos en el Sinaí. Gritos de traición en Tel-Aviv y en Jerusalén. Dayan asegura, sin embargo, que sus posiciones y los soldados que se le permiten son suficientes para hacer frente a cualquier ataque, y Golda Meir, que las garantías para la subsistencia de Israel son más importantes —porque son garantías de los Estados Unidos, de la URSS— de lo que puede ofrecerles su propio ejército.

ESTAS líneas no se consideran, por ninguna de las partes, como definitivas. Especialmente, por parte árabe. Son un punto de partida. Egipto insiste en que las negociaciones posteriores deberán servir para que Israel se retire a sus fronteras de 1967 y que la recuperación del Sinaí sea definitiva. No hay ninguna seguridad en el mundo árabe

En este gráfico de John Grimwade publicado por «The Sunday Times», la línea de trazos finos corresponde a la del alto el fuego del pasado año. La dentada señala la línea hasta la que podrán avanzar las tropas egipcias. La de trazos gruesos representa la línea de retirada de las fuerzas israelíes. La zona intermedia, punteada, estará sometida a la vigilancia de las tropas de la ONU.



de que vaya a ser así. Se trata de que no sea considerada la actual situación más que como el acuerdo de un alto el fuego que no implique para nada las posiciones definitivas de los dos países cuando termine la conferencia de paz. Sin embargo, la separación de fuerzas —el acuerdo conseguido hasta ahora se considera solamente como la separación de fuerzas— puede garantizar hasta cierto punto la paz militar. No pueden suceder ataques sorpresa en las fronteras. Pero Israel y Egipto tienen otros medios de hostilizarse —aviones, cohetes, barcos, desembarcos...— por encima de ella o rodeándola. Lo que se evita son incidentes, lo cual es bastante importante. La paz, en realidad, está más garantizada que por esta franja por la presión de la URSS y de los Estados Unidos y por la fe que cada país combatiente pueda tener en el otro.

S EAN cuales sean estos elementos, hay otros que no van a cesar. Especialmente mientras el problema palestino no esté resuelto de una manera satisfactoria y mientras Siria —y más fácilmente Jordania— no acepte sus propias condiciones. Siria, como se sabe, no asistió a la conferencia de Ginebra. Es el actual escenario de las operaciones de Kissinger. Se trata de que en el frente del Golán se adopten medidas parecidas a las tomadas en el Sinaí. Que los dos ejércitos se separen, que haya una tierra de nadie, que las Naciones Unidas la ocupen para evitar incidentes fronterizos. El gobierno sirio maneja menos a su opinión pública que el egipcio; le es más difícil hacer aceptar al pueblo, a una oposición importante, a unos palestinos influyentes, esta forma de reconocimiento de Israel. Se ha llegado a decir que la URSS no presiona de ninguna manera sobre Siria para que negocie, porque prefiere mantener esa brecha abierta como una amenaza mientras las conversaciones para un acuerdo definitivo no progresen. No es verosímil. Lo más probable es que Siria, que ahora recibe a Kissinger, exija el desmantelamiento de la línea militar israelí que ahora la amenaza, y algunos beneficios sustanciales, y que después acuda a las conversaciones de Ginebra.

¿PUEDE significar este acuerdo provisional, y el que pueda, sobrevenir más tarde, un arreglo de la cuestión del petróleo? No es fácil creerlo. Los nuevos precios son irreversibles; si se modifican, serán en el sentido de aumentar, nunca en el de disminuir. Eso ayuda al dólar y no perjudica en nada a la economía del Comecón —el «mercado común», relativamente, de los países comunistas—, cuya economía está en mejores condiciones que la europea. La cuestión del petróleo ha encontrado un excelente pretexto en la guerra, pero no ha sido directamente causada por ella.

LOS acuerdos conseguidos ahora no complacen a los combatientes. Menos aún a las distintas fuerzas políticas en el mundo árabe, en el mundo judío. Son una garantía, sin embargo, contra una guerra inmediata que podría de nuevo desequilibrar gran parte del mundo. Serían negativos si no sirviesen de base para una situación real de justicia y equidad, dentro de lo posible —que es muy poco—, en una tierra destrozada por siglos de explotación, de divisiones, de imperialismo.